

EL AMOR COMO FUERZA CONDUCTORA DEL DESARROLLO EVOLUTIVO EN TEILHARD DE CHARDIN*

— Ricard Casadesús

RESUMEN:

Según Teilhard de Chardin, en los seres de la naturaleza emerge una creciente centricidad o conciencia. La fuerza responsable de esta creciente centricidad es una atracción a partir del centro unificador real y divino del universo, que Teilhard llama Punto Omega, y que es Cristo. El desarrollo de esta creciente centricidad lo atribuye a la fuerza de la evolución, que Teilhard describe como energía. En este artículo hacemos hincapié en su distinción de dos tipos de energía: la energía tangencial y la energía radial. Para él, esta última es la más importante, porque es la fuerza directriz de la evolución. Mostraremos cómo Teilhard identifica la energía radial con el amor, y cómo para él éste es un amor que proviene del Punto Omega y que atrae a todas las cosas hacia sí, a la vez que produce entes más y más conscientes.

Palabras clave: conciencia, evolución, energía radial, amor, Punto Omega.

ABSTRACT:

According to Teilhard de Chardin, in the beings of nature a growing centricity or consciousness emerges. The force responsible for this growing centricity is an attraction from the real and divine unifying center of the universe, which Teilhard calls the Omega Point, and which is Christ. He attributes the development of this growing centricity to the force of evolution, which Teilhard describes as energy. In this paper we emphasize its distinction of two kinds of energy: tangential energy and radial energy. For him, the latter is the most important, because it is the driving force of evolution. We will show how Teilhard identifies radial energy with love, and how for him this is a love that comes from the Omega Point and draws all things to itself, while producing more and more conscious beings.

Key words: consciousness, evolution, radial energy, love, Omega Point.

* Este artículo es fruto de una conferencia del autor, invitado a la jornada *Espiritualitat, ciència i cultura. Teilhard de Chardin: 60 anys després*, organizada por la Facultat de Psicologia de la Universitat de Barcelona i el Institut Universitari Vidal i Barraquer de Salut Mental de la Universitat Ramon Llull, pronunciada el 23 de octubre de 2015 en la Universitat de Barcelona.

Vivimos en un mundo en que la sociedad se ve obligada a vivir en la incertidumbre, en la provisionalidad y en la inseguridad. A muchos se les hace difícil convivir en medio de este entorno. La sociedad desencantada de hoy ha sustituido la providencia por la previsión, esto es la convicción de que la persona humana puede, en gran medida, controlar el destino. Si en la providencia el actor principal es Dios, en la previsión los seres humanos nos hacemos la ilusión de controlar lo que ocurre y nuestro destino. Y esto está basado en la creencia en la omnipotencia de la ciencia y de la técnica, que los hombres absolutizamos y sacralizamos, viviéndolo casi desde una actitud religiosa. Esto es el hecho de pensar que la ciencia nos lo podrá resolver todo, de que no solo nos explica cómo son las cosas y por qué son así, sino que nos dice cómo hemos de pensar, cómo nos hemos de comportar y qué hemos de creer. Y esto es caer en el cientificismo. Además de eso, nuestra cosmovisión actual es antropocéntrica, pero de un antropocentrismo desviado, como observa el Papa Francisco en la encíclica *Laudato si*¹. Desviado porque pone la persona humana como único centro, dejando fuera la dimensión del misterio que envuelve la vida humana.

Uno de los misterios de la vida es la evolución. ¿Cómo evolucionan los seres? ¿Por qué evolucionan? ¿Se dirigen a algún punto determinado? ¿El hecho evolutivo es por azar o está guiado? Estas cuestiones ya se las planteó el jesuita y paleontólogo fran-

cés Pierre Teilhard de Chardin en la primera mitad del siglo XX.

Teilhard de Chardin observó que hay una doble historia de la vida, que se da a la vez y continuamente: una historia exterior (que conocemos más, gracias a la ciencias empíricas) y una historia interior (que no conocemos tanto, y de la que se ocupan otras disciplinas como la psicología y la psiquiatría, la filosofía y también la teología). La historia exterior es observable, en gran medida medible y cuantificable, revelándose objetiva a nuestro intelecto humano. En cambio, la historia interior permanece más escondida, velada en nuestra más intimidad –como decía San Agustín, intímior intimo meo–, revelándose subjetiva a nuestra conciencia personal.

Así, pues, Teilhard advierte que esta historia interior llega a su máxima expresión en la emergencia del ser humano, en su conciencia, su moral y su fe. No obstante, ve un filamento de interioridad (aunque muy delgado) coextensivo con la historia entera de la naturaleza. La dimensión de interioridad o subjetividad no se limita, por tanto, a las personas humanas sino que está presente en todos los organismos vivos en un grado u otro.

La ciencia, por su metodología, no puede tratar la dimensión interior o la subjetividad; además, el materialismo científico niega la existencia de toda historia interior, es decir, todos los eventos que ocurren en el mundo escondido de la subjetividad: las

1 Cfr. Francisco, *Laudato si*, Editrice Vaticana, Roma.

sensaciones, sentimientos, deseos, pensamientos, placeres, y en el caso de humanos, la conciencia moral, la sensibilidad estética, el anhelo de comprensión y verdad, la fe y el amor. Para el materialismo científico, el universo es un conjunto de fenómenos puramente físicos sin vida y sin conciencia. Todo se reduce a reacciones químicas, y nada más. Es por ello, que el materialismo científico es considerado un reduccionismo de la realidad. Actualmente, todavía la investigación científica a lo largo del mundo se basa en la asunción de que la naturaleza es fundamentalmente inerte, y sólo accidentalmente viva y consciente. Así que Teilhard veía la necesidad de ampliar la visión empírica para tratar la historia interior.

Esta dimensión de interioridad ha llegado a ser, gradualmente, más intensa desde el origen de la vida, hace 4 billones de años. No obstante, la preparación física para la emergencia de interioridad sensible consciente ha sido parte de la historia cósmica desde su inicio. Es decir, según Teilhard,

la historia interior comienza ya con las transformaciones estelares, galácticas, físicas y químicas que precedieron cronológicamente a la más reciente llegada de la conciencia explícita en la historia cósmica, de modo que para él no podía haber habido nunca un período en la historia en que el cosmos estuviera esencialmente sin conciencia, fuera in-consciente. Así, la historia interior es temporalmente coextensiva con la historia exterior.

Teilhard afirma que el universo lleva consigo una interioridad o subjetividad, que corresponde a la orientación anticipatoria del cosmos entero. Este aspecto anticipatorio no es epifenoménico sino esencial a la propia identidad del universo. La subjetividad es lo que mantiene el cosmos abierto al futuro. La subjetividad es un correlato de la orientación irreversiblemente futurista de la naturaleza. La vida es el estado comprensivo y fundacional del ser. De ahí que Teilhard defienda que la vida es el fundamento y el destino de todo ser, pues cómo algo puede morir si no está vivo.

1. LA EVOLUCIÓN COMO GÉNESIS DIRIGIDA HACIA LO ESPIRITUAL

El pensamiento de Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955) es marcadamente inmanentista, evolucionista y emergentista. Teilhard parte de la convicción de que vivimos en un universo que cambia de forma irreversible. Esta cosmovisión parte de la intuición de que todo lo que es material, humano, inmanente apunta, crece, evolu-

ciona hacia lo espiritual, lo ultrahumano, lo sobrenatural, lo metafísico, lo teológico, lo divino...

Esa intuición mística, no científica, que está en el inicio de su investigación, es el descubrimiento de que el mundo en que vivimos está en estado de evolución dirigida,

es decir, de génesis². Por génesis, Teilhard indica que la evolución implica cambios directos, realizaciones organizadas, procesos guiados y orden acumulativo. En definitiva, todo ello apunta a que la evolución tiene direccionalidad. Es así como Teilhard llega a forjar una visión cósmica de un mundo en evolución. Una evolución que hace que la realidad se proyecte hacia el futuro, que crezca hacia una forma perfecta, se haga más compleja y converja hacia alguna cosa aún imprevista. Así, para Teilhard, el concepto de evolución trasciende el discurso puramente científico.

Teilhard defiende un evolucionismo teleonómico, finalista. Considera que la evolución cósmica es la consecuencia de un dinamismo intrínseco de la naturaleza, que se desarrolla desde las partículas materiales más simples, a través de los seres vivos (Biosfera) hacia la dimensión consciente del ser humano (Noosfera), a lo largo de la línea de aumento de complejidad e interioridad o subjetividad. En este movimiento evolutivo de la materia, los sistemas integran un número cada vez mayor de ele-

mentos, lo cual comporta un grado más elevado de conciencia y constituye un incremento de la dimensión de interioridad³.

Para Teilhard, hay un punto de convergencia donde se realiza la unificación de la Noosfera y donde encuentra su culminación, que él llama el Punto Omega. Este Punto Omega es personal y trascendente, no es solamente un foco pasivo hacia el cual tiende toda la evolución, sino, al contrario, un polo activo que lo atrae todo hacia la unificación con él; Teilhard lo identifica con Cristo.

Por tanto, según él, el universo se encuentra en un estado de evolución cósmica de la que la evolución humana es una parte integral. Nuestro universo es, pues, un universo en convergencia hacia la unión con Dios, por el camino de un aumento continuo de conciencia. Su concepción de la evolución humana es, por lo tanto, dinámica, y se puede describir como una tendencia a la unidad movida por el impulso de la energía.

2. EL AMOR COMO ENERGÍA ESPIRITUAL DE LA EVOLUCIÓN

Teilhard distingue dos tipos de energía: la energía radial, que según él es el amor, y la

energía tangencial, que es la energía física, que designa todas las fuerzas periféricas de

2 Teilhard repite mucho *génesis* como sufijo: cosmogénesis, cristogénesis, centrogénesis... Con el término *génesis* quiere significar el proceso orientado de la convergencia general de la naturaleza. Génesis implica una evolución dirigida hacia un punto de consumación (como un atractor). La esencia del pensamiento de Teilhard es que todo es un proceso, un llegar a ser en continua evolución y proyectada hacia delante. Esta proyección tiene un doble sentido: diseñada y lanzada; lanzada hacia delante, hacia el futuro y diseñada desde el pasado.

3 Cfr. R. Casadesús, "L'évolution comme métaphysique de l'union chez Teilhard de Chardin". *Revue des Questions Scientifiques*, [Namur] vol. 185, 2014, p.374.

compresión o de dispersión empíricamente analizables.

Así, pues, la energía radial, el amor, es la energía propia de la cosmogénesis, que lleva a cabo la personalización cósmica. La energía radial es la fuerza de interiorización que vela por toda la formación corpuscular y tanto más cuando se trata del ser humano como de la humanidad entera. La energía radial impulsa los elementos hacia niveles superiores de interioridad y es la responsable del movimiento evolutivo hacia una mayor complejidad, y en consecuencia, vida y conciencia. Así, con el amor como energía radial, Teilhard quiere significar la energía que ha sido siempre la fuerza arrastradora de todo el proceso de evolución desde las primeras síntesis de la materia inanimada, y que es la responsable de la evolución, hacia sistemas de complejidad mayor, integrando elementos en unidades cada vez más complejas.

Como hemos explicado en el apartado anterior, en la evolución están implicados tanto los factores internos (psíquicos) como los externos (físicos). Aunque para Teilhard, los factores internos más bien que los externos son los responsables de la evolución biológica. Así, por ejemplo, como dice él, “el ímpetus del mundo... solo puede tener su última fuente... en algún principio interno al movimiento”⁴. Esto nos hace ver que aquí Teilhard precisa su idea de que es la interrelación psíquica lo que acelera la complejidad-conciencia y la evolución. Por tanto, defiende que la evolución bio-

lógica tiene que ser explicada más por la psicología que por mecanismos externos (materiales). Por eso, Teilhard rehúsa explícitamente los principios darwinistas de la lucha por la existencia, la selección natural, la supervivencia del más apto y la adaptación al medio como totalmente explicativos de la evolución, pues todos son factores físicos.

Teilhard se plantea qué fuerza crea ese devenir progresivo hacia el espíritu. Esta fuerza debe ser real y trascendente, porque la multiplicidad no tiene en sí misma el principio de su unificación, por tanto esta fuerza debe ser trascendente y real, y atraer verdaderamente a la multiplicidad a que se una.

Para Teilhard, pues, la fuerza que crea el mundo no puede ser más que una atracción; pero una atracción amorosa. La naturaleza de esta atracción es un centro unificador real y trascendente: Dios, identificado en la persona de Jesucristo. Cristo mismo no actúa como punto muerto o punto pasivo de convergencia, sino como centro de radiación para las energías que conducen al universo, de nuevo hacia Dios a través de Su humanidad. Así, según Teilhard, Cristo actúa realmente dando esa energía no física, el amor, al mundo para atraerlo hacia sí. Es así como Él anima todos los movimientos del mundo continuamente, aunque sin perturbarlos. Según Teilhard, esto solo puede ser así porque solo una energía unificante de origen extracósmico puede producir la agrupación de las mónadas (de

4 P. Teilhard de Chardin, *Œuvres de Pierre Teilhard de Chardin*, vol. I, Paris: Le Seuil, 1955-1976, p.97.

los entes subsistentes), ya que lo múltiple es incapaz de agruparse ni de progresar por sí mismo en el ser, porque no puede producir más que dispersión.

3. LAS TESIS Y LOS POSTULADOS DE TEILHARD DE CHARDIN SOBRE LA EVOLUCIÓN

Teilhard de Chardin desarrolló una cosmovisión formulada en un sistema evolutivo. El punto de partida del sistema teilhardiano son las siguientes tres evidencias: (A) En todos los grados de complejidad de corpúsculos cósmicos existe una pequeña interioridad; es decir, todos los corpúsculos son centros psíquicos en relación a sí mismos y en relación al universo. Esto significa que la conciencia es una propiedad molecular universal; (B) Esta conciencia aumenta y se profundiza proporcionalmente a la complejidad de organización de esas unidades. Aunque se manifiesta ya en la célula, su mayor desarrollo se da en el cerebro de los mamíferos; (C) Por tanto, el carácter esencial de cualquier tipo de unidad corpuscular que formarán los agrupamientos es la existencia de un cierto grado de interioridad, es decir, de centricidad (interioridad o subjetividad) que está en relación con un cierto grado de complejidad.

Teilhard cree que en el proceso de la evolución de la vida hay dos puntos críticos: la biogénesis (el origen de la vida) y la antropogénesis o punto de hominización (la aparición de la reflexión o conciencia refleja). Entre estos dos puntos críticos se encuentra todo el proceso evolutivo, que Teilhard sintetiza en las cinco tesis⁵ siguientes:

- i. «Todo lo que existe es objeto de un proceso de cambio», de gran transformación cósmica, biológica, antropológica y social. El universo, la materia, la vida y la humanidad han ido cambiando de una forma irreversible a lo largo de millones de años de proceso de transformación. Así, la cosmogénesis conduce a la biogénesis, ésta a la antropogénesis como parte fundamental de la noogénesis. Y vinculada a la fase final del proceso de evolución del universo, lo que Teilhard llama la cristogénesis. La cristogénesis tiene su base en el Punto Omega, que es el Dios que consume el universo desde dentro, y desde fuera lo trasciende y lo diviniza.
- ii. El mundo en que vivimos no es un mundo ya hecho, sino que es un mundo que se va haciendo, *in fieri*, en un proceso ininterrumpido de transformaciones naturales orientadas hacia la aparición de lo humano. «Todo apunta hacia el futuro», hacia lo inédito, hacia lo que está por llegar. Estamos atraídos, pues, por el futuro.
- iii. Teilhard pretende encontrar la dirección de la evolución no en lo material sino

5 Cfr. R. Casadesús, "L'évolution comme métaphysique de l'union chez Teilhard de Chardin". *Revue des Questions Scientifiques*, [Namur] vol. 185, 2014, pp.376-377.

en lo espiritual. Para él, la evolución es el testimonio del triunfo esencial del espíritu sobre la materia. «Todo converge hacia el espíritu» es una de sus tesis. La materia no es sino espíritu que espera desarrollarse.

- iv. El futuro supera la persona y se expresa en la humanidad y la superhumanidad. Esta superhumanidad está siendo atraída por un foco atractor que se identifica con el Punto Omega, el final de todo. Es así como Teilhard concibe el Punto Omega, como un polo último y autosubsistente de conciencia.
- v. «Cristo es el centro orgánico del universo entero». Se identifica con el Punto Omega. El Dios encarnado en el mundo es, para Teilhard, el Cristo Universal y el mundo encarnado por Él es un mundo en evolución hacia este mismo Cristo Cósmico o Cristo Total.

Asimismo, estas cinco tesis pueden complementarse con tres proposiciones que Teilhard formuló en 1953, en un artículo titulado “Una consecuencia al problema de los orígenes humanos: la pluralidad de mundos habitados”⁶. Estas proposiciones son las siguientes:

1. Por sí misma, bajo la influencia del azar, la materia tiende a agruparse en sí misma, tanto como sea posible, en moléculas grandes.
2. En igualdad de condiciones, y una vez

ha emergido de lo inorgánico, la vida continúa naturalmente, y en un doble movimiento combinado, para llegar a ser complejificada externamente y más consciente internamente; y esto se extiende hacia la emergencia psicológica o reflexión. En otras palabras, el hecho de la aparición del hombre en la Tierra en el Plioceno es simplemente la manifestación normal y local (en unas condiciones especialmente favorables) de una propiedad común a toda materia evolucionada terminalmente.

3. Hay millones de galaxias en el universo, en cada una de las cuales la materia tiene la misma composición general y sufren esencialmente la misma evolución como la que ocurre dentro de nuestra Vía Láctea.

Como ya hemos dicho, Teilhard sitúa su punto de partida en la idea de que el universo está sujeto a un devenir. Ahora bien, este devenir no carece de sentido, sino que manifiesta un sentido absoluto, en tanto que se dirige hacia el espíritu; esto es, a la espiritualización progresiva de las conciencias. De este modo, lo que pretende Teilhard es explicar, precisamente, la génesis del espíritu. El espíritu surge por la unión cada vez más íntima (centramiento) de elementos variados que, al sintetizarse progresivamente, van dando lugar a un incremento de ser y a la aparición de la conciencia (Plus esse = plus, et a pluribus, uniri; ser más = estar más unido, y a partir de varios elementos). Por tanto, para Teilhard,

6 Cfr. P. Teilhard de Chardin, *Œuvres de Pierre Teilhard de Chardin*, vol. X, París: Le Seuil, 1955-1976, pp.273-282.

la complejidad material es directamente proporcional al aumento de profundidad psíquica o espiritual.

Teilhard defiende que el mundo de la materia evoluciona incesantemente hacia formas de vida cada vez más ricas en información y más organizadas. Y sostiene los siguientes postulados: (i) es preferible ser que no ser; (ii) es preferible ser más que ser menos. Y si se admite que ser más incluye el ser consciente, entonces: (iii) es preferible ser consciente que no serlo; (iv) es preferible ser más consciente que menos consciente. (v) El universo tiene un fin (sentido); (vi) no puede equivocarse de vía ni detenerse en el camino; (vii) ese sentido del universo implica que hay un sentido absoluto de la vida y del obrar, sin el cual no merecería la pena ningún tipo de actividad; y (viii) ese absoluto o realidad terminal hacia la que nos dirigimos es un todo.

Teilhard ve, pues, la evolución del cosmos como el proceso de convergencia hacia una sola forma, que está en el futuro, y que

desde el futuro da consistencia al ser creado. La evolución es, así, para él una serie de síntesis progresivas. Estas síntesis representan las formas sucesivas de lo vivo, desde la más elemental hasta la más compleja, que es el ser humano, caracterizado por el espíritu.

De este modo, Teilhard formula su famosa ley de complejidad y conciencia o ley de centro-complejidad, que dice lo siguiente: a la larga, la materia manifiesta la propiedad de organizarse de forma más y más compleja y, a la vez, disponer entidades más y más conscientes. Para Teilhard, este doble movimiento existe en el mundo atómico y molecular, y es evidente en el mundo de la vida. En palabras de Teilhard: “Esta tendencia hacia la complejidad-conciencia (...) es fácilmente reconocible en el plano atómico, –y es confirmado en el molecular. (...) la tendencia a la cerebralización”⁷. La vida nace, pues, de la complejidad. “La vida se presenta experimentalmente a la ciencia como un efecto material de complejidad”⁸.

4. LA PERSONALIZACIÓN DEL UNIVERSO

La materia evoluciona, no solo hacia la conciencia de sí misma (el espíritu), sino principalmente hacia la posesión de sí misma (la persona) y la donación de sí misma (el amor personal). La transformación profunda y revolucionaria de la vida se da en la trascendencia de la inteligencia humana

sobre el psiquismo animal por medio de la metamorfosis hominizante del animal al humano. Por consiguiente, ésta no es simplemente un cambio de grado, sino un cambio de naturaleza, resultado de un cambio de estado.

7 P. Teilhard de Chardin, *Œuvres de Pierre Teilhard de Chardin*, vol. II, París: Le Seuil, 1955-1976, p.196.

8 P. Teilhard de Chardin, *Œuvres de Pierre Teilhard de Chardin*, vol. VIII, París: Le Seuil, 1955-1976, p.28.

En esta perspectiva teilhardiana, pues, la vida y la conciencia ya no aparecen como meros fenómenos accidentales o misteriosos en el universo, sino como la intensificación de una propiedad latente en toda materia. Así que, ello implica que todos los elementos del universo contienen algún germen de interioridad o conciencia, a pesar del hecho de que en los numerosos corpúsculos muy simples esta propiedad es imperceptible.

La conciencia es un parámetro sobre el que Teilhard especuló seriamente, a partir de su original ley de centro-complejidad o complejidad-conciencia⁹ de los años 1920. La correlación entre ambos conceptos en el progreso evolutivo le llevó a concebirlos como dos historias de una misma realidad: la complejidad como la historia externa («le dehors des choses») y la conciencia como la interna («le dedans des choses»). Eso le obligó a proyectar una conciencia elemental hasta al átomo y a la molécula, proporcionada a su complejidad elemental, siendo así centros psíquicos infinitesimales del universo.

Teilhard arguye que el crecimiento de la conciencia es proporcional a la complejidad organizada de los átomos. Este crecimiento de la conciencia es perceptible a partir de la

célula, pero sólo se desarrolla muy significativamente en los cerebros de los grandes mamíferos. Por lo tanto, a partir de la complejización de lo orgánico o corporal, Teilhard observa que en todos los grados de complejidad de corpúsculos cósmicos existe una pequeña interioridad; es decir, todos los corpúsculos son centros psíquicos en relación a sí mismos y en relación al universo. Esto significa que la conciencia es una propiedad universal.

En efecto, observamos que en el mundo existe un orden en la multiplicidad de las cosas, desde lo sencillo a lo complejo. La materia organizada tiende a ser multiplicada y diferenciada infinitamente, formando el árbol de la vida. Pero, esta disposición ordenada de complejidad no es estática, sino dinámica y está movida por un flujo de interiorización, que va de menos interioridad o conciencia a más, desde la zona pre-viviente hasta la zona del pensamiento, respectivamente. Luego, la evolución es el paso desde una menor centro-complejidad a otra mayor¹⁰.

9 La conciencia, para Teilhard, no es separable de una complejificación de orden orgánico que controla ese orden, o al menos que lo condiciona y mide el grado de conciencia que resulta a nivel de los seres vivos. La conciencia de sí mismo, que es propia del hombre, incluye la conciencia en su sentido físico, pero no se puede deducir sólo por razón misma de la trascendencia del yo. Cfr. G. Martelet, *Teilhard de Chardin prophète d'un Christ toujours plus grand. Primauté du Christ et transcendance de l'homme*, Bruselas: Lessius, 2005, p.264.

10 Cfr. R. Casadesús, "¿*Creare est unire?* Esbozo de la metafísica de la unión de Teilhard de Chardin". *Scientia et Fides*, [Torun] vol. 3, 2015, p.154.

5. LA TRINITIZACIÓN COMO UNIÓN CREADORA DEL UNIVERSO

Teilhard presenta Dios como la meta hacia la que todas las cosas se dirigen. Describe el Dios del futuro (el «Dios hacia delante»¹¹) como la fuerza de atracción última del universo. Si la Trinidad es amor dinámico rebosante autocomunicativo eternamente, entonces el futuro está marcado por el horizonte del amor. De este manera, podemos hablar de creación evolutiva como progreso hacia el amor último en relación con un Dios de amor cada vez más profundo.

Dios participa en la creación porque Dios es un ser relacional y dinámico, cuya apertura a la relación es la base de la evolución. Teilhard defiende que si Dios no fuera unitrino, no podríamos concebir la posibilidad de Dios creando o encarnándose sin inmergirse totalmente en el mundo.

El amor autocomunicado de Dios se centra en el Verbo, el Logos divino. Así, Cristo se convierte en el centro de la creación, y el universo está en proceso de personalización. Si Cristo es la meta de la intención de amar de Dios, entonces la evolución es un acto singular de amor trinitario. Así, si Cristo, el Logos encarnado, está involucrado en la evolución es porque Dios Padre –quien hace posible el dinamismo del amor– está también involucrado en ella. Para Teilhard, pues, la evolución es progreso hacia la unión en el amor, porque Dios es amor cada vez más profundo.

Teilhard describe la Encarnación, que es la máxima personalización del mundo, como unión creadora, un proceso de unificación inmanente en el cual Cristo está en proceso de ser creado por la unificación gradual de multiplicidad. Así pues, Dios es dinámicamente relacional, creación trinitizante; y la trinitización de la creación está, al mismo tiempo, personalizándose en Cristo. El amor divino es la energía de trinitización porque el amor es dinámico.

Los elementos del mundo llegan a ser más sí mismos cuanto más convergen en Dios. La unión creadora de Dios y la materia, por la que toda la materia es espiritualizada, alcanza su culminación en Jesús de Nazaret, en quien se revela la dirección de la evolución. Teilhard intentó mostrar que la evolución no es solo el universo llegando a ser sino que también Dios, de algún modo, está viniendo a ser, por su relación con la creación. Entonces, el sufrimiento, la culpa y la muerte son parte de un universo evolutivo, y Cristo es la plenitud (pléroma) de lo que está llegando a ser. De este modo, Teilhard ve la deificación como Teogénesis. Según ésta, Dios primero se postula en su estructura trinitaria (trinitización), y luego se envuelve en el ser participado por unificación evolutiva de la multiplicidad pura, que nace como antítesis a la unidad trinitaria prepostulada (creación).

Teilhard de Chardin decía que el evento

11 Cfr. R. Casadesús, “¿*Creare est unire?* Esbozo de la metafísica de la unión de Teilhard de Chardin”. *Scientia et Fides*, [Torun] vol. 3, 2015, p.158.

Cristo lleva una nueva direccionalidad a la evolución. Jesús entra en la trayectoria evolutiva llevando toda la novedad en sí mismo. El poder de la novedad viene a la persona humana: una nueva creatividad que es divina y humana a la vez.

Hay una influencia unificadora en todo el proceso evolutivo, un factor centrador que continúa manteniendo el proceso entero junto y lo mueve hacia mayor complejidad y unidad. Cristo es este principio centrador, es el pléroma y el Punto Omega, donde la humanidad encuentra su fin y su plenitud.

El cuerpo de Cristo, como todo cuerpo humano, está hecho de polvo cósmico, proveniente del interior de estrellas que precedieron muy anteriormente a nuestro planeta y a nuestro sistema solar. Jesús participó, pues, en el despliegue de vida y en la emergencia de la conciencia, talmente como cualquier otro ser humano. Sin embargo, en Jesús emerge algo nuevo: una nueva conciencia, una nueva relación

y una nueva inmediatez de la presencia de Dios¹².

Teilhard veía a Cristo como el impulso (impetus) dinámico dentro del mundo, el cual se está moviendo hacia mayor complejidad y unidad, desde la Biogénesis a la Noogénesis. Puesto que Cristo es el Punto Omega, el universo está impregnado físicamente hasta el núcleo de su materia por la influencia de su naturaleza sobrehumana. La presencia del Logos encarnado lo penetra todo como un elemento universal a través de la gracia. Así, Cristo está presente en el universo entero desde la partícula más pequeña de la materia. Cristo se inmerge a sí mismo en las cosas, en el corazón de la materia. Cada acto de naturaleza evolutiva es autocomunicación de Dios, ya que el mismo acto de trascendencia de la naturaleza es la energía del amor divino. Así es como ve Teilhard el Dios del futuro: como la fuerza última de atracción del universo, llevando el universo hacia la intensificación de complejidad y una nueva creación.

6. CONCLUSIÓN

Según Teilhard, la evolución tiene una dirección, y esta dirección significa superioridad y perfección. Teilhard invoca el principio de que, para que tenga sentido, la evolución tiene que ser convergente. Ésta es una idea central en su pensamiento. Para él, una evolución divergente quitaría todo

sentido al proceso cuyas etapas marcan claramente una dirección que va de la materia inerte a la conciencia humana. En este último estadio, por lo tanto, la evolución debe tender hacia un punto final de convergencia: el Punto Omega, en donde se dará la unión en la que todas las conciencias y, con

12 Cfr. I. Delio, *The emergent Christ. Exploring the meaning of catholic in an evolutionary universe*, Maryknoll (Nueva York): Orbis Books, 2011, cap. 3.

ellas, todo el universo encontrará su centro de convergencia. En conclusión, como ya hemos dicho, la fuerza que lleva hacia esa convergencia es la energía radial; que a

nivel humano y divino toma la forma del amor. El amor es, para Teilhard, la fuerza que impulsa el movimiento convergente de la humanidad con la divinidad.

